

*II Concurso Nacional de Leyendas y Relatos Breves*

*Moncayo, Monte Mágico y Sagrado*

*Título: Al yabalu*

*Seudónimo: Ojos de agua*

---

**Al yabalú**

---

La pared blanca rechina de luz y le ciega los ojos al salir de la casa. Es mediodía. Las calles están desiertas, el viento caliente doblega las esquinas y flamea el alquitrán de los caminos. Las sandalias de Alina parecen adherirse a la brea reblandecida. A esas horas el sol es tan intenso que le abrasa la piel de los brazos y los hombros, pero ella se encuentra feliz bajo el ardor implacable, inundada de luz. Alina nació en el gran desierto del sur, más allá del mar, allí donde la arena y el viento campean bajo el cielo blanco.

Es el verano más tórrido desde hace años en la meseta soriana. Alina ha llegado hace algunos días, un autobús la dejó en la ciudad por la que discurre un río pacífico, casi inmóvil, entre alamedas. El hombre y la mujer la estaban esperando. Partieron en un coche a través de la meseta pedregosa llena de pequeñas plantas de olor ácido y picante hasta un pueblo en medio del páramo donde las calles son rectas y las cigüeñas vigilan desde el campanario de la iglesia. Antes, Alina nunca había salido del desierto, hasta entonces no había conocido el mar, de tan inmenso azul, más que el cielo oscuro del atardecer entre las dunas, más brillante, como una lámina ardiente de metal índigo que el barco abre como una cizalla hasta llegar al otro lado de la costa, a Algeciras, la ciudad de las casas blancas y de las palmeras. Desde allí el autobús atravesó muchos kilómetros hasta llegar a la ciudad donde discurre el río pacífico. Ella está contenta de su largo viaje porque sabe que en España la gente es rica y cuando regrese a su país podrá llevar dinero para su familia.

El hombre y la mujer son simpáticos con ella, le hablan por señas y un poco en francés. Alina se ríe mucho porque no entiende nada, ni los gestos ni las palabras. Viven en una bonita casa en el otero del pueblo y la mujer le ha mostrado una habitación para dormir ella sola, un sitio más grande que la tienda de lona y tierra batida donde vive con toda su familia. La mujer ha abierto el armario y le ha enseñado algunos vestidos de colores bonitos y zapatillas de deporte y sandalias para calzarse. Luego la ha llevado a un baño con lavabos, inodoro y una gran bañera con grifos de agua fría y caliente que puede llenar de agua para meterse dentro ella sola. También hay un espejo grande y multitud de frasquitos con perfumes y jabones y otros líquidos de colores que Alina no sabe para qué sirven. Luego se han sentado en la cocina de la casa y han comido frutas, tomate en aceite, un pan blanco blandito y alargado y pescado frito en rodajas. Comen cada uno en un plato y

usan una especie de horquilla con la que pinchan los alimentos para cortarlos después con el cuchillo. No emplean los dedos para comer, sólo cogen con ellos los trozos de pan.

Pero lo que más le ha gustado a Alina es la gran montaña que se ve desde la ventana de su cuarto. Está allí lejana, tras el páramo de piedras y plantas olorosas. Se ve neblinosa y oscura aunque le da el sol de lleno. Alina se ha quedado absorta ante la visión de la montaña y el hombre simpático ha deletreado su nombre muy despacio: Mon...ca...yo. Alina repite el nombre extraño. Luego el hombre ha dibujado en un papel la silueta de la peña y la ha llenado de árboles alrededor de una faja azul. Alina entiende bien el significado del dibujo. Una montaña con bosques y ríos. As-saŷaratu, dice Alina mientras señala un árbol, an-nahru cuando distingue el río. Al- yabalú, Mon...ca...yo. Por eso sale cuando es mediodía y el hombre y la mujer están en la siesta y no pueden verla. Alina se aleja entonces hasta las afueras del pueblo en dirección al páramo y desde allí sentada sobre una piedra roja arenosa bajo el calor fulgurante de la meseta observa la gran montaña. Debe estar muy lejos, piensa, tan lejos que las horas breves de la siesta no son suficientes para alcanzarla y regresar a casa a tiempo. Alina calcula que necesitaría al menos todo un día de ida y otro de vuelta. Pero, aunque no pueda ir hasta la gran montaña, todos los días sale igual a las horas de la siesta. Ha descubierto que en la planicie reseca viven muchos animalillos debajo de las piedras y los pájaros anidan entre las matas pinchosas. A veces se guarda el pan de la merienda para dejarlo a la sombra de alguna carrasca solitaria y espera. Las hormigas llegan enseguida al festín, primero aparece una de ellas y al poco, como llamadas por la más atrevida, vienen multitud de ellas en fila. Exploran el trozo de pan y desaparecen entre los poros de la migaja como si entraran y salieran de una montaña horadada de pequeñas grutas. Entonces, cuando el pan está ya ennegrecido por las hormigas, Alina lo levanta del suelo, se lo mete en la boca a pedacitos y se queda muy quieta con los labios sellados. Le encanta el regusto alimonado que el ácido fórmico le deja en la lengua y le da risa cuando siente las hormigas caminando desesperadas por el paladar en busca de la salida de la trampa carnosa. Allí en el desierto no puede hacer eso porque pasa tanta hambre que no es capaz de esperar a que las hormigas inunden el pan seco. Pero ahora come cuatro veces al día y todas las mañanas compran una hogaza recién hecha y tiran los restos del día anterior a la basura.

El hombre sale a trabajar todos los días por la mañana y regresa a mediodía. Pero hoy es sábado y le ha prometido a Alina que mañana irán en el coche hasta la gran montaña, esa que dicen Moncayo. Ahora Alina ya comprende algunas palabras de español y puede entenderse mejor con ellos. La mujer dice que tras una hora de viaje llegarán al corazón de la montaña. Han salido muy temprano, casi cuando el sol asoma por la llanura pedregosa y todas las piedras pugnan por traspasar el negror de la sombra hacia el gris tímido, al violeta todavía hasta retornarse encarnadas a medida que el sol rebasa la línea del horizonte. La carretera es sinuosa y estrecha al salir de la estepa y poco a poco aparecen las primeras colinas, los primeros árboles y hasta discurre algún regacho que atraviesa la ruta bajo las arcadas de los pequeños puentes de piedra labrada. Después de dejar atrás un valle con un pueblo sobre el que domina un castillo abandonado, se han adentrado en el bosque. Alina no había imaginado nunca tal cantidad de floresta, árboles gigantes de hojas tiernas bajo los que crecen enredaderas y rosales minúsculos. El suelo está lleno de verdor, hasta las piedras parecen tapizadas con una especie de almohadillas blandas como esponjas húmedas. Alina le hace señas al hombre para que detenga el coche. Quiere caminar por la frondosidad del bosque, palpar con las plantas del pie los musgos, acariciar las hojas frescas y lozanas. Ahora los tres caminan por una pequeña senda entre el follaje. Alina lo toca todo: la corteza suave de las hayas, las puntas afiladas de las agujas de los pinos, las piedras de colores y formas extraños, en cada arroyo bebe agua, un agua fría y dulce cuyo sabor es bien distinto al agua salobre de los pozos del desierto. La tierra despidió un olor especial como a caverna antigua, a vasija remozada. Alina quiere saber si subirán hasta lo más alto, a la cumbre de esa que dicen Moncayo. Dibuja con una rama la silueta de la montaña en el fango de un regatuelo que discurre entre abedules y señala la cúspide. Luego mira con los ojos muy abiertos al hombre y a la mujer ¿Sí? ¿Sí?. El hombre le da la mano en señal de trato inquebrantable, la mujer sonríe y se agacha para atar los cordones de las deportivas de Alina. Pero ésta da un paso hacia atrás y se saca con destreza las zapatillas de los pies... mejor, mejor, duele, duele zapato. Un mal gesto cruza los labios de la mujer, pero el hombre le dice algo y ella baja la mirada y accede. Alina guarda las zapatillas en su bolsa y toman un sendero más estrecho hacia la cima. El angosto camino se hace cada vez más empinado, van despacio. Alina

trota con maestría con sus pies descalzos y se adelanta mientras sorteá los cantos y las ramillas espinosas que encuentra a su paso. El sol está ya alto y las sombras de las hojas estampan la luz y componen mosaicos claroscuros en el suelo del camino, en las piedras, en la piel cobriza de la cara y de los brazos, en el pelo negro de la niña. Alina se ha adelantado tanto que el hombre y la mujer la han perdido de vista tras una curva angulosa. A esta altura se distinguen ya las coladas de piedra, los derrubios de glaciares ancestrales, son lajas de corte afilado que forman el inmenso caos geológico que desciende por la ladera. A ambos lados, la vegetación es ya escasa, sólo resaltan algunos pinos negros tortuosos por la acción del fabuloso cierzo invernal entre los cojinete de sabina enana y aulagas. Alina recoge unas cuantas bayas moradas y las muerde con fruición. El sabor anisado y amargo del enebro le impregna la boca, pero no las escupe, las mantiene bajo la lengua y traga a pequeños sorbos la saliva picosa. La vegetación se vuelve rala a medida que se alcanza la cumbre y se entra de lleno en el dominio mineral, areniscas abigarradas, cuarcitas brillantes, pizarras. El sol es tan ardiente que parece clavar las piedras ciclópeas al terreno. Alina lleva algunos cortes en la planta del pie. Se sienta, saca de su mochila las zapatillas y se las coloca con un mohín de disgusto. Ahora camina despacio, la altitud le cansa los pulmones y le enturbia la visión un poco, observa ya el final de la montaña a través de la bruma. Sus pasos son lentos, pausados y firmes hasta que logra alcanzar la cima. Está ya en lo más alto. Al yabalú, la gran montaña, está ahora debajo de sus pies. En el horizonte, a ras del cielo se encuentra la tierra que dicen Aragón, y en la línea de lontananza aparece una cordillera nevada muy lejana. Los Pirineos, la llaman. Alina se sienta en el suelo ensimismada ante la visión de las grandes planicies horadadas de montañas, los valles como trazos negros entre llanos desérticos, los pueblos diminutos y anónimos, los inmensos campos de cultivo recién trillados. Pero desde la gran montaña no se ve el mar por ningún ángulo. El mediterráneo está muy lejos, mucho, casi tanto como la tierra africana. Alina recuerda a los suyos, los hombres y las mujeres del desierto, tan lejos, tan ajenos a la gran montaña, a las aguas cristalinas, a la frondosidad de los hayedos, al pan blanco recién hecho cada día. Y al mirar hacia los llanos le parece observar una gran polvareda de tierra y arena como la de las caravanas cuando se alejan por las rutas de las dunas. Sus ojos llegan a ver a través del polvo una

multitud de hombres de mantos azules a lomos de caballos y dromedarios. Alina va a la cabeza guiando a su gente hacia Al yabalú, la gran montaña. La caravana se divide en tres grupos, en el primero se adelantan los guerreros, los hombres azules, los descendientes de los grandes jeques del Hank, de la ciudad de Chengetti, de Ualata, de más allá del Draa. El segundo grupo lo conforman las familias y sus enseres, con las jaimas de lona a lomos de las mulas, los niños vigorosos reuniendo el ganado, las mujeres montadas en caballerías con sus bebés a cuestas sobre la espalda, los ancianos más fuertes. En el tercer grupo llegan, con muchas horas de retraso, los ciegos, los enfermos, los heridos, los huérfanos famélicos, las cabras viejas y despellejadas, los moribundos. Todos van en silencio, sin otra visión que la montaña, Al yabalú, la tierra prometida por fin, aquella que han buscado durante milenios a través del desierto, de norte a sur, de este a oeste. La tierra donde nunca se desnudan las sombras y el verdor se mantiene durante todo el año, la tierra por donde discurren las aguas dulces, saltarinas, salutíferas, los ríos y acuíferos que nunca se secan ni se extinguen, los eternos oasis, las llanuras y humedales donde sembrar mijo y trigo con que saciar el hambre ancestral de los pueblos del desierto. Alina se reclina y besa el suelo de esa que dicen Moncayo.

Días después Alina regresa con el hombre y la mujer a la ciudad del río pacífico, de vuelta a su país. Lleva un gran fardo con ropas y enseres y una cartera con dinero escondida bajo su vientre para ayudar a su familia. El hombre y la mujer le han regalado varios cuadernos, lápices de colores, estuches y libros. El que más le gusta es un libro grande con muchas fotografías donde cuenta cosas de Al yabalú, esa que dicen Moncayo. Y entre las páginas del libro ha colocado una foto en la que Alina aparece junto a la gran montaña. Ella está allí, en la meseta pedregosa de la tierra de Soria, descalza, con su camiseta azul enroscada en la cabeza a modo de turbante, con la vista al frente, sobria y digna, mientras la gran montaña brumosa parece arroparla al son de un vaivén remoto que tal vez se escuche entre las hojas de las hayas, allá en la floresta lejana.